

M. Amparo Mateo Donet

Gladiadores

Una breve introducción

Ilustraciones de Leire Blasco Guati



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Relieve de gladiadores en combate procedente de Éfeso (mármol, s. III). Neues Museum, Berlín.
© Album / Prisma
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© M. Amparo Mateo Donet, 2021
© Ilustraciones de Leire Blasco Guati, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-303-0
Depósito legal: M. 4.930-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
15	I. Los gladiadores
15	La cantera de combatientes
26	La vida tras el enrolamiento
44	Tipos de armaduras
73	Mujeres en la gladiatura
79	La retirada de la lucha
88	Gladiadores de excepción
91	II. Los juegos
92	Orígenes del espectáculo
102	Tipos de juegos
153	La organización
161	Espacios para la celebración
180	Los juegos en las provincias
189	III. Los gladiadores y el mundo
189	Los seguidores
195	Otra salida profesional: los cuerpos de seguridad privada
197	Religión y prácticas mágicas

215	Los combates en el marco de los espectáculos romanos
218	Otras perspectivas sobre los gladiadores
221	La desaparición de los juegos
234	Conclusión
247	Selección bibliográfica
249	Notas

Introducción

Transmitir la importancia que tuvieron los juegos y los gladiadores para los ciudadanos antiguos no es tarea fácil, porque podemos pensar a simple vista que se trataba de una competición atlética o un espectáculo más, como el teatro o las carreras de carros, a los que tan habituados estaban desde los primeros tiempos. Sin embargo, si profundizamos en las raíces de su origen, en el prolongado y continuo desarrollo que llevaron y en la complejidad de su estructura final, nos damos cuenta de que existe una cierta diferenciación y que pueden ser valorados en una categoría superior.

Para el pueblo representaba el momento de ocio más esperado, el entusiasmo por contemplar la destreza y el ímpetu de los hombres en la lucha por su vida y también la intriga por si quizás descubrían alguna novedad con respecto a las funciones ofrecidas con anterioridad. Para hacernos una idea, basta leer el siguiente texto de san

Agustín sobre un muchacho que acude a los juegos empujado por los amigos y compañeros de estudios, pues era reacio a contemplar un espectáculo de ese tipo, y además tenía la firme convicción de que no le gustaría:

Sin abandonar, claro está, el camino terrenal augurado a él por sus padres, se me adelantó en ir a Roma para aprender Derecho, y allí fue arrebatado increíblemente por la increíble sima del espectáculo de gladiadores. Y es que, aunque evitaba y detestaba tal fenómeno, unos amigos suyos y discípulos, al surgirles la ocasión de entrar cuando volvían del almuerzo –y eso que él se oponía con fuerza y se resistía– lo condujeron con amigable violencia al anfiteatro en los días de los juegos crueles y funestos mientras les decía: «Aunque arrastráis mi cuerpo hacia ese lugar y lo ponéis allí, ¿seréis acaso capaces de concentrar mi espíritu y mis ojos en esos espectáculos? De acuerdo, estaré allí presente ausente, y así os venceré tanto a vosotros como a la situación». Tras oír estas palabras, no dejaron aquéllos de llevárselo consigo deseando comprobar si se daba el caso de que era capaz de lograrlo o no. Cuando llegaron allí y se colocaron en los asientos que pudieron, todo se enfervorizaba en monstruosísimos placeres. Aquél, cerrados los batientes de los ojos, impidió a su espíritu que saliese hacia males tan grandes. ¡Y ojalá hubiese taponado también sus oídos! Porque en un lance de la lucha, tras recibir el fuerte aldabonazo del enorme griterío del público entero, vencido por la curiosidad y como preparado a despreciar también la visión y a salir vencedor, abrió los ojos y fue más grave la herida que sacudió su alma que la que sacudió el cuerpo de aquel otro a quien quiso mirar. Y se desplomó de una forma más lamentable que

aquel otro con cuya caída se había formado el griterío: éste entró por sus oídos y abrió la puerta de sus ojos para que hubiese lugar por donde herir y abatir el ánimo hasta entonces más audaz que fuerte, y tanto más débil en cuanto que había presumido de sí quien debió hacerlo de ti. El caso es que, cuando vio aquella sangre, se empapó a la vez de la monstruosidad, y no apartó su rostro, sino que fijó su mirada. Y se bebía las furias, ¡y no lo sabía! Y se deleitaba en el crimen del combate, ¡y con cruento placer se emborrachaba! Y ya no era aquel que había venido, sino uno más de la multitud a la que había venido, y un auténtico compinche de aquellos por los que se había dejado llevar¹.

¿Qué tenía el espectáculo gladiatorio para seducir de esa manera incluso al más reticente? Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, esclavos, senadores..., todo el abanico social quedaba representado en las gradas del anfiteatro y se unía, olvidando las diferencias de clase, en un mismo sentimiento de pasión manifestado a través de gestos, gritos, suspiros y silencios.

Para el poder representaba algo distinto. Los emperadores y magistrados que los organizaban podían compartir en mayor o menor grado el gusto por los combates, pero todos eran plenamente conscientes del tremendo poder de influencia que tenían sobre los súbditos. Por eso hicieron uso de ellos a su voluntad y según sus intereses políticos. Sirva como ejemplo de su importancia el hecho de que aparezcan mencionados al mismo nivel que las victorias o la legislación en las *Res gestae* del emperador Augusto, la obra inmortalizada en piedra que recoge los hechos más destacables de su reinado.

Tanto la posición de unos como la de otros propició que los juegos fueran apropiándose cada vez de mayor espacio en las festividades y en el calendario. De forma que, si en el siglo I a. C. la media anual todavía giraba en torno a diez días de luchas, en los siglos III y IV éstas llegaron a ocupar uno de cada diez. Igualmente aumentarán los motivos para poder celebrarlas, desde las festividades en honor de determinados dioses hasta el simple impulso de un organizador privado, pasando por todo tipo de conmemoraciones ligadas a la figura imperial. Todo ello nos puede ayudar a ir conformando la auténtica visión sobre los juegos y los gladiadores que completaremos a lo largo del libro.

Algo que no deja de sorprendernos, pues contrasta enormemente con esa presencia masiva que tenía la gladiatura en el mundo romano, es que con la cantidad de obras que se han conservado de los autores clásicos no contamos con ninguna dedicada a ella. Es posible que alguna se perdiera, pero si así fue, tampoco fue mencionada en otros escritos. Debemos recurrir, por tanto, a referencias secundarias en el resto de la literatura latina y griega, a los restos materiales proporcionados por la arqueología y a las figuraciones presentes en el arte. El ámbito que más datos nos ha aportado es el de la epigrafía. Los epígrafes funerarios hallados en tumbas de gladiadores han servido para conocer características personales de incalculable valor. Gracias a estos documentos se han podido estimar edades, procedencias, condiciones familiares, tipologías de armamento, concepciones religiosas e incluso cantidades en relación a diferentes aspectos. Y en segundo lugar, también son realmente inte-

resantes los mosaicos y frescos que adornaban algunas casas y villas con todo tipo de detalles. En ellos podemos ver a gladiadores y bestiarios en plena acción retratados con su vestimenta y armas correspondientes, así como en ocasiones también a otros personajes, como los árbitros, los músicos o los que proveían de fieras. Con todo, siguen siendo escasos los restos disponibles para conocer este mundo en su totalidad.

La información extraída se ha agrupado en tres grandes apartados, que tratan de los gladiadores, los espectáculos y su relación con el mundo romano. En el primero, nos centraremos en los hombres que constituyen la esencia de todo este complejo, en su procedencia, la vida que llevaban en la escuela de gladiadores, así como las diferentes categorías entre las que podían escoger, y el caso de las mujeres gladiadoras. Nos servirá para comprender mejor las inquietudes y motivaciones que les llevaban a este oficio y las condiciones en las que vivían el resto de su nueva vida. Como manejaremos diferentes cifras a lo largo del libro, puede resultar útil para el lector esta breve escala de salarios: un trabajador agrícola podía ganar, según la época, entre 720 y 2.200 sesteracios anuales, y un legionario entre 900 y 2.000.

En la segunda parte veremos qué tipos de juegos había, quién estaba detrás de toda su organización, qué espacios se utilizaron para su celebración a lo largo de la historia romana y cómo se trasladó esa estructura a las provincias y poblaciones menores del Imperio. Comprobaremos que los juegos movían mucho más capital económico y humano del que pudiéramos pensar si nos limitásemos a la ciudad de Roma; no es casualidad que los

edificios que los albergaban sean los más lujosos de la arquitectura civil y religiosa.

Finalmente, el último bloque se dedicará a todos aquellos elementos que permiten ver de qué manera se insertaban los gladiadores en la sociedad romana. Es decir, en qué medida participaban de prácticas o ideales comunes con el resto de los ciudadanos y cómo éstos aprovechaban también las circunstancias que ofrecían estos espectáculos para crear nuevos lazos de interacción. Esta última parte es fundamental al tratar sobre un tema concreto de la Antigüedad, porque nunca se puede hacer de forma aislada y excluyente. Todos los elementos de un momento histórico ejercen y reciben influencias, y esto es lo que contribuye a su formación y les ayuda a definirse. No podemos hablar de los combates sin tener en cuenta a los grupos de aficionados que los seguían, ni olvidar el papel de los gladiadores en el campo de la magia y la religión porque dejaríamos incompleta una parte importante de su esencia y, por supuesto, no podemos obviar las opiniones de aquellos que no disfrutaban con el espectáculo y pretendían que desapareciera, pues sus críticas también constituyen una importante fuente de información.

Aun así, somos totalmente conscientes de que permanecen abiertos numerosos debates entre los estudiosos, que hemos reflejado a lo largo de los capítulos, y que la aparición de nuevos datos puede cambiar la perspectiva sobre cualquier punto. Pero eso es lo apasionante de leer historia: descubrir con el paso del tiempo los cambios en el conocimiento y la mentalidad que se producen entre la gente.

I. Los gladiadores

Los hombres que decidían dedicarse al oficio de la lucha, por diferentes motivos, pasaban a formar parte de un nuevo mundo en el que los valores y las directrices que regían su vida hasta ese momento cambiaban por completo. Una nueva situación, trabajo, entorno, objetivo...; desde su alistamiento hasta la aparición en el anfiteatro había todo un proceso de aprendizaje y adaptación que no todos podían soportar. De hecho, lo que hacía que uno fuera un buen gladiador eran las cualidades físicas y el entrenamiento, pero sobre todo la voluntad de sobrevivir.

La cantera de los combatientes

La procedencia de los gladiadores era tan variada como los tipos que conformaban su categoría y, a pesar de que existen todavía muchas dudas y de que no pueden esta-

blecerse estadísticas cerradas, puesto que para ello necesitaríamos conocer los datos completos de población del Imperio y averiguar las circunstancias de todos aquellos que se dedicaron a este oficio –lo que resulta imposible tanto ahora como en el futuro–, todo parece apuntar a que, en líneas generales, un tercio serían hombres libres, mientras que los dos tercios restantes serían esclavos, prisioneros de guerra y condenados. Estos datos han podido establecerse gracias a las inscripciones funerarias conservadas, así como a los programas de espectáculos encontrados; aun así, sin duda, resultan insuficientes, ya que no todos los gladiadores encargarían epitafios ni lógicamente podremos hallar la totalidad de anuncios o contratos relacionados con estas actividades, pero al menos pueden proporcionarnos información con la que conjeturar estadísticas y establecer pautas.

El tercio de origen libre, un número nada desdeñable, eran hombres jóvenes que o bien acababan en esta situación por motivaciones negativas (como estar desesperados de la vida por encontrarse socialmente en sus niveles más bajos, a menudo sin recursos, prefiriendo verse sometidos a las vejaciones que pudiera acarrear una decisión como ésta a continuar en una existencia de miseria y penurias), o bien podían terminar de esta manera por intereses positivos, o sea, por gusto hacia el riesgo extremo o por la ambición de obtener dinero y gloria. La gran mayoría eran de los primeros, procedentes de los estratos más humildes, que no veían otra solución a su situación más que la de venderse como gladiadores a un lanista; de esta manera podrían sobrevivir durante el tiempo que aguantaran en los combates y, en el caso de que tuvieran

una gran deuda pendiente, también podrían saldarla con el dinero que recibieran por su enrolamiento.

Pero había personas que sin necesidad material se encaminaban en esta dirección por gusto, gusto por la fama y también por una muerte noble. Para ellos, la gladiatura suponía una carrera profesional al igual que podría ser el ejército o cualquier otro oficio, ciertamente peligrosa, pero con importantes recompensas en diferentes planos. Esta opción tuvo gran difusión especialmente a finales de la República y comienzos del Imperio, cuando muchos hombres libres, algunos procedentes de las familias patricias más importantes, se vieron ejercitándose en las escuelas de gladiadores y luchando en la arena. Hablamos incluso de ciudadanos del orden ecuestre y senatorial, que llegaban a renunciar a su rango para combatir. Tal dimensión alcanzó esta práctica que desde los niveles más altos de poder tuvieron que emitirse diversas disposiciones legislativas prohibiéndola, para evitar que personajes de reconocido prestigio social se degradaran al dedicarse activamente al anfiteatro (y también al teatro, al circo, etc.). No son pocas las leyes conservadas de este tipo, lo cual es un claro indicativo del escaso resultado obtenido con su promulgación, aunque también hay que decir que en determinados momentos algunos emperadores disfrutaron con esta situación e incluso la favorecieron. En ocasiones, no se precisaba ni siquiera el entrenamiento; el simple deseo del emperador era suficiente para hacer combatir en la arena a una persona cualquiera de las que se encontraban disfrutando del espectáculo; fue una situación recurrente durante los reinados de Calígula y Claudio, recordados por sus muchas excentricidades.

Volviendo a esos hombres libres que decidían de manera voluntaria dedicar el resto de su vida al arte de la lucha, en primer lugar pasaban por una ceremonia en la que prestaban juramento ante el tribuno de la plebe, o el gobernador correspondiente en aquellos lugares en que no hubiera tal cargo, sobre todo en las provincias, quien registraba su nombre, edad y la cantidad de dinero por la que se ofrecían (el mínimo que marcaba la ley eran 2.000 sestercios); a continuación eran entregados al lanista o al editor, esto es, al dueño de la escuela de adiestramiento o al organizador de un espectáculo. Ahora bien, el tribuno tenía la capacidad para decidir si se podía aceptar al voluntario o si, por el contrario, lo rechazaba bajo pretexto de su edad o de su constitución física, puesto que para inscribirse era necesario tener al menos dieciséis años y contar con cierta fuerza corporal para soportar condiciones tan duras como las que les esperaban.

En este momento se establecía un contrato entre el gladiador y el lanista o el editor en el que se especificaba la duración del compromiso que, en algunos casos, incluso podía ser simplemente para un combate. Todos los términos quedaban recogidos en ese contrato, denominado *auctoratio*, de forma que no cupieran dudas al respecto; de hecho, el acuerdo se tomaba en presencia del tribuno, como si fuese un notario, precisamente para evitar engaños y fraudes. Entre otras cosas, debía garantizarse que el firmante conociera bien las condiciones en que aceptaba la transacción, pues a veces se hacía firmar a personas iletradas, que ignoraban lo que estaban aceptando, o a jóvenes que todavía no sabían bien de lo que trataba el negocio y no había peor desgra-

cia para un romano libre que la de convertirse en esclavo, circunstancia que llevaba aparejada ese alquiler. El lanista se convertía en el dueño de la persona contratada (denominada *auctoratus*), teniendo plenos poderes sobre ella por el tiempo que durase su contrato, como bien se especificaba en la fórmula pronunciada por el enrolado y que nos ha transmitido Petronio: *Uri, vinciri, verberari, ferroque necari* (es decir, podía ser quemado, amarrado, azotado y muerto por el hierro). En Roma se conservan testimonios de este procedimiento a partir de la época de Adriano, a comienzos del siglo II d. C., por lo que se duda sobre su existencia con anterioridad. Generalmente el contrato contemplaba un sueldo de 2.000 sestercios por cada espectáculo para el gladiador en su primer contrato; si lo renovaba y firmaba un segundo contrato, en este caso la suma ascendía a 12.000 sestercios.

Un segundo grupo de gladiadores eran los de origen esclavo. Eran enviados a las escuelas de lanistas por sus dueños durante un tiempo limitado para que se entrenaran y después pudieran servir como guardia personal, como divertimento en los actos familiares o como gladiadores alquilados en los juegos públicos, de manera que pudiera su propietario obtener un beneficio. El tiempo de permanencia en el entrenamiento lo decidía el dueño, así como también en el caso de que fuera una decisión permanente, puesto que podía venderlo al lanista por su valor y desprenderse de él para siempre. Ahora bien, este tipo de venta no será bien visto en todas las épocas; por ejemplo, sabemos que el emperador Adriano lo prohibió, con la excepción de aquellos casos en que fuera ejercido como sanción para un esclavo rebelde, violento

o peligroso y, aun así, la condena quedó sometida al control de un magistrado. No obstante, no era algo definitivo, pues los esclavos que entraban en la gladiatura podían verse librados de ella si lograban comprar su libertad, si encontraban a un hombre que los reemplazase en su puesto a cambio de una suma de dinero o si el nuevo amo decidía otorgársela por sus buenos servicios en la arena, pero no era lo más común.

Los primeros gladiadores de Roma, empleados en torno al 264 a. C. en los funerales de Brutus Pera, fueron cautivos apresados en Sicilia durante las Guerras Púnicas. Cartago había ido ganando relevancia en el Mediterráneo occidental desde su fundación por parte de los fenicios en el siglo IX a. C., especialmente a partir de la caída de Tiro y la consiguiente pérdida de influencia fenicia a lo largo de las costas norteafricanas. La expansión cartaginesa, de base comercial, alcanzaba las islas de Córcega, Cerdeña y parte de Sicilia, repartiéndose de esta manera los mercados indígenas con los colonos griegos que también tenían intereses en el Mediterráneo. Tanto creció su emporio que en fechas más avanzadas (siglos IV-III) constituía prácticamente el único rival a la altura de la creciente República romana. El conflicto tuvo su origen precisamente en el choque de ambas potencias en su ámbito de expansión. El recelo con el que los romanos miraban a los púnicos (denominación que ellos mismos otorgaron a los fenicios de Cartago por su trabajo textil con el tinte de púrpura) quedó patente en el desarrollo de las campañas y la firma de los tratados, pues tras cada victoria de los primeros se sometía a la población africana a una serie de condiciones totalmente vejatorias, tan-

to en el plano económico como en el moral. Ahora bien, este comportamiento tenía su respuesta en el ensañamiento que mostraban los cartagineses con los soldados vencidos en los momentos en que la fortuna se ponía de su lado. No es de extrañar que una forma más de humillar y torturar a los púnicos consistiera en deportarlos hasta la Urbe y obligarlos a luchar en duelos públicos como si de esclavos u hombres sin ningún tipo de condición social se tratase.

Desde entonces, esta práctica se mantuvo como fuente de provisión de estos hombres. Un ejemplo claro lo tenemos siglos después, en el año 70 d. C., cuando el emperador Tito tomó como prisioneros a los judíos que habían participado en la rebelión contra el Imperio y, excepto a los que condenó a trabajos forzados en las canteras de Egipto, los envió por todas las ciudades para que formaran parte de los diferentes espectáculos: algunos fueron devorados por las fieras y otros combatieron entre sí o contra gladiadores profesionales para divertir al pueblo. Las fuentes nos hablan de una cifra de más de un millón de cautivos. Pero no es el único caso; son numerosos los que siguen esta misma línea. Sin duda, los prisioneros de guerra tenían una ventaja añadida, y es que en su mayoría se trataba de personas entrenadas en la lucha, puesto que, salvo en el caso de la población civil, formaban parte de los ejércitos a los que Roma vencía, y eran combatientes en buena forma física que, a menudo, no necesitaban prácticamente instrucción con las armas. Por otra parte, acabar destinado a una escuela de gladiadores no era ni mucho menos lo peor que podía sucederles (podrían haber sido ejecutados de la manera más cruel), de

modo que el interés que tenían por sobrevivir –e incluso la posibilidad de obtener la libertad si jugaban bien sus cartas en la arena– los hacía ser unos gladiadores de lo más comprometidos, lo cual repercutía siempre en el bien del espectáculo. Además, eran un recurso barato, ya que los cautivos abundaban en esos tiempos de expansión del dominio romano y podían obtenerse a buen precio. En la *Historia Augusta* se cuenta que Aureliano, tras sus victorias en diferentes batallas, celebró un desfile triunfal en Roma en el que exhibió a prisioneros blemios, exomitas, árabes, eudemones, indios, bactrianos, iberos, sarracenos, persas, godos, alanos, roxolanos, sármatas, francos, suevos, vándalos y germanos. El repertorio es exagerado, pero ofrece una muestra de la cantidad de frentes abiertos que tenía el ejército romano. Diferente será en épocas posteriores, cuando la paz sea el clima general del Imperio y cesen esos aprisionamientos de individuos, que se convirtieron en una mercancía más valiosa.

Una última forma de provisión de gladiadores eran las condenas denominadas *ad gladium* o *ad ludum*, es decir, a la espada o a los juegos. Algunos delitos de gravedad cometidos por personas de baja condición social y esclavos eran penalizados con el castigo a luchar en el anfiteatro contra gladiadores profesionales o, en algunos casos, contra animales, formando parte de un espectáculo para divertir al pueblo. No se trataba de una condena a muerte directamente, ya que el reo era llevado a una escuela de luchadores durante un tiempo para que recibiera la instrucción necesaria y pudiera ofrecer un combate más interesante, de manera que, si se preparaba adecuadamente y conseguía salir vic-

torioso de la arena, tenía una oportunidad de conservar la vida. Lo que sí perdía era su libertad, pues se convertía en esclavo del lanista, que tenía en sus manos todas las decisiones sobre su persona. Si lograba mantenerse con vida durante tres años, tenía derecho por ley a la exención de la lucha, circunstancia que quedaba manifiesta en el acto de entrega de una espada de madera, símbolo de tal liberación. No obstante, no se trataba de una libertad absoluta, puesto que todavía debía permanecer en la escuela durante dos años más, momento en el que recibía un sombrero, que representaba su emancipación completa. En esas épocas de mayor pacifismo que hemos comentado en las que las conquistas terminan y la llegada de prisioneros disminuye considerablemente, sobre todo a partir del siglo II d. C., es esta forma de aprovisionamiento la que va a resurgir con más fuerza. Así, los gobernadores de provincias van a aplicar condenas con este fin de manera más frecuente –más de la deseada y de la permitida legalmente– para poder contar con más hombres para los combates, no sólo para los espectáculos locales, difíciles de organizar según las circunstancias, sino también para los celebrados en Roma. Muchos de estos condenados eran enviados directamente a Italia para luchar en los anfiteatros más importantes, siendo el trasiego de gladiadores y de fieras para las *venationes* continuo. Y es que no podían dejar desatendidas las apetencias del emperador o de los personajes más ilustres de la capital.

Dentro de esta medida punitiva encontramos una variante menos penosa que se conoce como *damnatio ad ludum venatorium*, es decir, participar en juegos no como gladiador sino como bestiaro. Esta otra modalidad san-

cionaba delitos más leves y consistía en hacer frente a diversos animales, pero indudablemente comprendía menos riesgos al no tener que luchar contra un guerrero entrenado. Y también podemos distinguir una vertiente más desventajosa en la que los condenados eran trasladados directamente de la cárcel a la arena del anfiteatro o del circo sin haber permanecido antes un tiempo en la escuela de gladiadores y, por tanto, sin haber podido prepararse para estar en igualdad de condiciones con sus adversarios. Era rara la ocasión en la que el condenado salía victorioso, pero, aun así, si esto sucedía, seguía sin tener el derecho de vida sobre su persona, de manera que podía ser ejecutado en la arena por cualquier medio que determinaran las autoridades presentes (normalmente la decapitación) o ser enviado de vuelta a la escuela del lanista, donde recibiría cura para sus heridas y cuidados para poder actuar en combates sucesivos. Transcurrido el tiempo estipulado, podría recibir la libertad.

Estos modos de reclutamiento eran los más comunes, pero no podemos obviar algo evidente: era imposible transformar en gladiador a un hombre que no tuviera las cualidades físicas y psíquicas necesarias, y especialmente a aquel que no tuviera ningún interés por formar parte del entramado.

Hemos mencionado a gladiadores caros, baratos, pero ¿qué precio de venta tenía un individuo para pasar a la gladiatura? ¿Podía saldar con esa cantidad una deuda que hubiera contraído? ¿Era una cifra alcanzable para alguien que quisiera recobrar su libertad? Lo cierto es que los precios no conocieron durante el periodo romano ningún límite ni restricción, todo dependía de una serie de varia-

bles. En primer lugar, la edad: aquellos que sobrepasaban la treintena no tenían gran valor, puesto que el número de combates que podrían librar antes de coincidir con un oponente de menor edad o más fuerte que ellos estaba contado. No tenían el mismo vigor ni la vitalidad o destreza de un joven y, por consiguiente, su precio disminuía. Por el contrario, los jóvenes eran muy apreciados, y los que eran ya campeones de varios combates, más todavía. Había lanistas que vendían a sus gladiadores victoriosos por precios desorbitados, dando lugar a especulaciones de todo tipo. Por otra parte, la condición social de la persona era enormemente relevante. Los esclavos tenían un precio menor (entre 6.000 y 8.000 sesteracios), mientras que los hombres libres eran más codiciados, ya que el público tenía particular interés en verlos en la arena; eran hombres que tenían más que perder que un esclavo y, por eso, ofrecían un espectáculo más emocionante. Sobre estos condicionantes incidía también la época en la que tuviera lugar la venta. No tiene el mismo valor una mercancía cuando aparece en abundancia que cuando es escasa, de manera que la cantidad de enrolados disponibles hacía subir o bajar los precios. Y por último, la antigüedad en el oficio era signo de valía, lo que incrementaba el precio de la persona. Así, en líneas generales, puede establecerse que un debutante podía costar una media de 2.000 sesteracios y un veterano con buena reputación podría alcanzar los 12.000; entre ambos, la horquilla de precios quedaba abierta y era muy dispar. Teniendo en cuenta que el sueldo anual de un legionario a comienzos del Imperio era de unos 2.000 sesteracios, sí que era posible pagar una deuda con la propia venta al lanista, aunque tampoco podía ser una deuda ex-